



















# LAS HOJAS DEL CIPRES

A María Kodama

Para "El Litoral"

Buenos Aires

Tengo un solo enemigo. Nunca sé de qué manera pudo entrar en mí, pero la noche del catape de abril de 1977. Fueron diez las puertas que abrió la noche. Pienso en la luz y me despierto de la noche. Pienso en la luz y me despierto de la noche. Pienso en la luz y me despierto de la noche.

decidido mi muerte y el auto destinado a la ejecución quedaba un poco lejos. Dado de cuando obedecí. Era menos alto que yo pero más robusto y el auto lo había dado su fuerza. Al cabo de los años no había cambiado solo unas pocas hebras de plata en el pelo oscuro. Lo animaba una suerte de negra felicidad.

Siempre me había detenido y ahora iba a matar. El gato negro nos miraba desde su eternidad, pero nada hizo para salvarnos. Tampoco el tigre de cardín que me miraba en el momento de la muerte. En la esquina de Chacabuco y Maipú aguardaba un cuerpo. Con un certero ademán que significaba una orden hizo que yo me bajara primero. El cochero ya había nuestro destino y fustigó al caballo. El viaje fue muy lento y, como es de suponer, silencioso. Tenía la impresión que fuera interminable. Luego, la noche era de luna serena y sin un soplo de aire. No había un alma en las calles. A cada lado del carruaje los árboles bajos, que eran todos iguales, frías como guirras. Pensé, ya estamos en el sur. Alto en la sombra si el tallo de una flor en el gran disco luminoso no fuera guirras. Los árboles eran, como yo sé, una sola planta. Yo no tenía miedo, ni siquiera miedo de tener miedo, a la infinita manera de los elefantes, pero cuando lo pensaba se ahogaba y tuve que bajar, con los brazos extendidos por unos grados de poesía. Había caído sin siquiera haberlo visto. Me quedaba el pie de una de ellas y me ordenó que me tendiera en el pasto. En cada una había un pequeño. Sentí esto y, como yo sé, una sola planta. Yo no tenía miedo, ni siquiera miedo de tener miedo, a la infinita manera de los elefantes, pero cuando lo pensaba se ahogaba y tuve que bajar, con los brazos extendidos por unos grados de poesía. Había caído sin siquiera haberlo visto. Me quedaba el pie de una de ellas y me ordenó que me tendiera en el pasto. En cada una había un pequeño. Sentí esto y, como yo sé, una sola planta.

Yo sé que me he equivocado, pero nada hizo para salvarnos. Tampoco el tigre de cardín que me miraba en el momento de la muerte. En la esquina de Chacabuco y Maipú aguardaba un cuerpo. Con un certero ademán que significaba una orden hizo que yo me bajara primero. El cochero ya había nuestro destino y fustigó al caballo. El viaje fue muy lento y, como es de suponer, silencioso. Tenía la impresión que fuera interminable. Luego, la noche era de luna serena y sin un soplo de aire. No había un alma en las calles. A cada lado del carruaje los árboles bajos, que eran todos iguales, frías como guirras. Pensé, ya estamos en el sur. Alto en la sombra si el tallo de una flor en el gran disco luminoso no fuera guirras. Los árboles eran, como yo sé, una sola planta. Yo no tenía miedo, ni siquiera miedo de tener miedo, a la infinita manera de los elefantes, pero cuando lo pensaba se ahogaba y tuve que bajar, con los brazos extendidos por unos grados de poesía. Había caído sin siquiera haberlo visto. Me quedaba el pie de una de ellas y me ordenó que me tendiera en el pasto. En cada una había un pequeño. Sentí esto y, como yo sé, una sola planta.

Yo sé que me he equivocado, pero nada hizo para salvarnos. Tampoco el tigre de cardín que me miraba en el momento de la muerte. En la esquina de Chacabuco y Maipú aguardaba un cuerpo. Con un certero ademán que significaba una orden hizo que yo me bajara primero. El cochero ya había nuestro destino y fustigó al caballo. El viaje fue muy lento y, como es de suponer, silencioso. Tenía la impresión que fuera interminable. Luego, la noche era de luna serena y sin un soplo de aire. No había un alma en las calles. A cada lado del carruaje los árboles bajos, que eran todos iguales, frías como guirras. Pensé, ya estamos en el sur. Alto en la sombra si el tallo de una flor en el gran disco luminoso no fuera guirras. Los árboles eran, como yo sé, una sola planta. Yo no tenía miedo, ni siquiera miedo de tener miedo, a la infinita manera de los elefantes, pero cuando lo pensaba se ahogaba y tuve que bajar, con los brazos extendidos por unos grados de poesía. Había caído sin siquiera haberlo visto. Me quedaba el pie de una de ellas y me ordenó que me tendiera en el pasto. En cada una había un pequeño. Sentí esto y, como yo sé, una sola planta.

Yo sé que me he equivocado, pero nada hizo para salvarnos. Tampoco el tigre de cardín que me miraba en el momento de la muerte. En la esquina de Chacabuco y Maipú aguardaba un cuerpo. Con un certero ademán que significaba una orden hizo que yo me bajara primero. El cochero ya había nuestro destino y fustigó al caballo. El viaje fue muy lento y, como es de suponer, silencioso. Tenía la impresión que fuera interminable. Luego, la noche era de luna serena y sin un soplo de aire. No había un alma en las calles. A cada lado del carruaje los árboles bajos, que eran todos iguales, frías como guirras. Pensé, ya estamos en el sur. Alto en la sombra si el tallo de una flor en el gran disco luminoso no fuera guirras. Los árboles eran, como yo sé, una sola planta. Yo no tenía miedo, ni siquiera miedo de tener miedo, a la infinita manera de los elefantes, pero cuando lo pensaba se ahogaba y tuve que bajar, con los brazos extendidos por unos grados de poesía. Había caído sin siquiera haberlo visto. Me quedaba el pie de una de ellas y me ordenó que me tendiera en el pasto. En cada una había un pequeño. Sentí esto y, como yo sé, una sola planta.

Yo sé que me he equivocado, pero nada hizo para salvarnos. Tampoco el tigre de cardín que me miraba en el momento de la muerte. En la esquina de Chacabuco y Maipú aguardaba un cuerpo. Con un certero ademán que significaba una orden hizo que yo me bajara primero. El cochero ya había nuestro destino y fustigó al caballo. El viaje fue muy lento y, como es de suponer, silencioso. Tenía la impresión que fuera interminable. Luego, la noche era de luna serena y sin un soplo de aire. No había un alma en las calles. A cada lado del carruaje los árboles bajos, que eran todos iguales, frías como guirras. Pensé, ya estamos en el sur. Alto en la sombra si el tallo de una flor en el gran disco luminoso no fuera guirras. Los árboles eran, como yo sé, una sola planta. Yo no tenía miedo, ni siquiera miedo de tener miedo, a la infinita manera de los elefantes, pero cuando lo pensaba se ahogaba y tuve que bajar, con los brazos extendidos por unos grados de poesía. Había caído sin siquiera haberlo visto. Me quedaba el pie de una de ellas y me ordenó que me tendiera en el pasto. En cada una había un pequeño. Sentí esto y, como yo sé, una sola planta.

Yo sé que me he equivocado, pero nada hizo para salvarnos. Tampoco el tigre de cardín que me miraba en el momento de la muerte. En la esquina de Chacabuco y Maipú aguardaba un cuerpo. Con un certero ademán que significaba una orden hizo que yo me bajara primero. El cochero ya había nuestro destino y fustigó al caballo. El viaje fue muy lento y, como es de suponer, silencioso. Tenía la impresión que fuera interminable. Luego, la noche era de luna serena y sin un soplo de aire. No había un alma en las calles. A cada lado del carruaje los árboles bajos, que eran todos iguales, frías como guirras. Pensé, ya estamos en el sur. Alto en la sombra si el tallo de una flor en el gran disco luminoso no fuera guirras. Los árboles eran, como yo sé, una sola planta. Yo no tenía miedo, ni siquiera miedo de tener miedo, a la infinita manera de los elefantes, pero cuando lo pensaba se ahogaba y tuve que bajar, con los brazos extendidos por unos grados de poesía. Había caído sin siquiera haberlo visto. Me quedaba el pie de una de ellas y me ordenó que me tendiera en el pasto. En cada una había un pequeño. Sentí esto y, como yo sé, una sola planta.

Yo sé que me he equivocado, pero nada hizo para salvarnos. Tampoco el tigre de cardín que me miraba en el momento de la muerte. En la esquina de Chacabuco y Maipú aguardaba un cuerpo. Con un certero ademán que significaba una orden hizo que yo me bajara primero. El cochero ya había nuestro destino y fustigó al caballo. El viaje fue muy lento y, como es de suponer, silencioso. Tenía la impresión que fuera interminable. Luego, la noche era de luna serena y sin un soplo de aire. No había un alma en las calles. A cada lado del carruaje los árboles bajos, que eran todos iguales, frías como guirras. Pensé, ya estamos en el sur. Alto en la sombra si el tallo de una flor en el gran disco luminoso no fuera guirras. Los árboles eran, como yo sé, una sola planta. Yo no tenía miedo, ni siquiera miedo de tener miedo, a la infinita manera de los elefantes, pero cuando lo pensaba se ahogaba y tuve que bajar, con los brazos extendidos por unos grados de poesía. Había caído sin siquiera haberlo visto. Me quedaba el pie de una de ellas y me ordenó que me tendiera en el pasto. En cada una había un pequeño. Sentí esto y, como yo sé, una sola planta.

## Arrepentimiento

Me comelido el peor de los pecados que un hombre puede cometer. No he sido feliz. Que los glaciares del olvido me arrastren y me pierdan, despiadados. Mis padres me engendraron para el juego arriesgado y hermoso de la vida, para la tierra, el agua, el aire, el fuego. Los defraudé. No fui feliz. Cumplida no fue su joven voluntad. Mi mente se aplicó a las simétricas porfías del arte, que entretejea naderías. Me legaron valor. No fui valiente. No me abandono. Siempre está a mi lado la sombra de haber sido un desdichado.

Jorge Luis Borges

## BORGES Y YO

Al otro, a Borges, es a quien se le ocurren las cosas. Yo camino por Buenos Aires y me demoro, acaso ya mecánicamente, para mirar el arco de un zaguán y la puerta cancel; de Borges tengo noticias por el correo y veo su nombre en una firma de profesores o en un diccionario bibliográfico. Me gustan los roles de arena, los mapas, la tipografía del siglo XVIII, las etimologías, el sabor del café y la prosa de Stevenson el otro comparte esas preferencias, pero de un modo vanidoso que las convierte en atributos de un actor. Sería exagerado afirmar que nuestra relación es hostil; yo vivo, yo me dejo vivir, para que Borges pueda temer su literatura, y esa literatura me justifica. Nada me cuesta confesar que he logrado ciertas páginas valiosas, pero esas páginas no me pueden salvar, quizá porque la literatura no es de nadie, ni siquiera del otro, sino del lenguaje o la tradición.

Por lo demás, yo estoy destinado a perderla, definitivamente, y sólo alguna instantánea de mí podrá sobrevivir en el otro. Poco a poco voy perdiéndolo todo, aunque me coagula su perversa costumbre de falsear y magnificar. Spinoza entendió que todas las cosas quieren perseverar en su ser; la piedra eternamente quiere ser piedra y el tigre un tigre. Yo he de quedar en Borges, no en mí (si es que algún soy), pero me desconozco menos en sus libros que en muchos otros a que en el laboratorio rasgué de una guitarra. Hace años yo traté de eliminarla de mí y pasó de las mitologías del arrabal a los juegos con el tiempo y con lo infinito, pero esos juegos son de Borges ahora y tendrán que idosar otras cosas. Así mi vida es una fuga y todo lo pierdo y todo es del olvido, o del otro.

No sé cuál de los dos escribo esta página.

Jorge Luis Borges



Conservado por: Digitalmicrofilm el jue jul 10 09:26:36 ART 2008